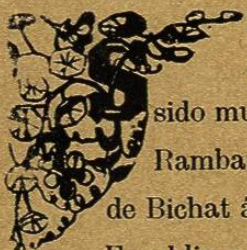




CAPÍTULO TRIGÉSIMO-QUINTO

SÍNTESIS Y CONCLUSIÓN

 Ahora recapacitamos sobre la marcha de Europa durante la centuria que acabamos de narrar, observamos que el progreso cumplido ha sido muchísimo mayor que el efectuado antes en muchos siglos. El aserto de Rambaud, refiriéndose al aspecto científico, que de Franklin á Ruhmkorff ó de Bichat á Pasteur, hay más distancia que de los primeros sabios de Grecia á Franklin y Bichat, ó sea que en un siglo se ha andado más que se anduviera en veintitrés siglos, no es exagerado. Este progreso ha sido total; se ha efectuado, como hemos visto, en todas las direcciones de la actividad, en la científica, económica, artística, moral, religiosa, jurídica, política é internacional.

Al abrirse el siglo décimo noveno, el aislamiento era la ley de vida en Europa. Aisladas vivían, no solamente las naciones, mas también, dentro de cada nación, las comarcas, que por no poder exportar sus productos, pasaban de repente de la holgura y bienandanza en los años prósperos, á los horrores de la miseria en los malos, dándose el caso de hallarse una comarca pereciendo de hambre mientras la vecina nadaba en la abundancia. La ciencia, señoreándose del vapor y de la electricidad, ha envuelto el globo de apretada red de hilos metálicos, por los que circula el humano pensamiento de uno á otro polo, y ha cubierto la tierra y los mares de vehículos rápidos, que hacen de cada nación á modo de una gran ciudad y de Europa como una gran nación. Los productos corren de un punto á otro buscando su nivel como los líquidos, y el quejido lanzado en

un confin del continente es resentido por todas las almas hasta el opuesto confin, y correspondido con un eco de piadosa simpatía más íntima que el que antes despertara la desgracia de los vecinos. Al aislamiento acompañaba la inseguridad personal, tanto por parte de los hombres como del medio físico. Baste recordar que ciudades y villas eran fortalezas ceñidas de murallas, cuyas puertas se cerraban al anochecer, provistas de torres y de cárceles, surcadas de angostas y tortuosas calles, de pavimento terrizo y sucio, que se ponía intransitable en época de lluvias, sin serenos ni alumbrado, sin higiene ni limpieza, con extensos y hediondos barrios, en que vivían hacinados los pobres, expuestos de continuo á mortíferas infecciones; hoy, murallas, alcázares, prisiones, todos los signos de la barbarie han desaparecido, y ciudades y villas se han trocado en moradas limpias, sanas y elegantes, con sus anchas y bien adoquinadas calles, sus plazas y sus parques, esmerado servicio de limpieza y aseo, buen sistema de alcantarillado, agua abundante, alumbrado eléctrico, que transforma á veces la noche en claro día, casas bien construídas, donde viven las familias obreras en mejores condiciones que antes los magnates en sus palacios. El ciudadano más modesto goza hoy de comodidades que no llegaron siquiera á soñar para sí los reyes absolutos. Efecto del aislamiento era la variedad. Cada nación, cada comarca ofrecían una fisonomía peculiarísima, difiriendo unas de otras en todo, en creencias, tradiciones, lengua, usos, costumbres, hasta trajes; hoy, la facilidad y rapidez de las comunicaciones ha borrado casi todas las diferencias regionales y atenuado las nacionales, con el gran caudal de civilización común creado durante el gran siglo por la ciencia. En punto á mejora de bienestar material, no digamos. En los albores del siglo, la escasez y mala calidad de los alimentos, lo deficiente é insano del vestido, lo penoso del trabajo, la falta de asistencia médica, la dificultad, en suma, de satisfacer, siquier mezquinamente, las necesidades más apremiantes, hacían de esta tierra, para la inmensa mayoría de los humanos, verdadero valle de lágrimas, y de la vida, un grito continuo de dolor; hoy, merced al colosal desarrollo de la producción en todos los ramos y de las actividades profesionales, por virtud de los inventos científicos, la riqueza se ha centuplicado, los productos manufacturados han descendido á precios inverosímiles, se ha emancipado el hombre de buena parte del trabajo muscular, disfrutaban los pobres de asistencia médica, come y viste la familia obrera mejor que antes la acomodada, la duración media de la vida ha aumentado, y con todo ello, la tierra se ha trocado para todos en mansión de delicias y la vida en fuente de satisfacciones.

Al tiempo que ha emancipado su cuerpo de la miseria, el hombre del siglo décimo-noveno ha redimido su espíritu de la esclavitud en que le tenían sumido los agentes teleológicos y la ignorancia. La Metafísica, último vástago de la Mitología, que á principios del siglo se ostentaba en todo su poderío dictando desde lo alto de las cátedras de las universidades alemanas sus absolutos dogmas y regulando por doquier el pensamiento, se ha

CAPILLA ALFONCINA
BELLON
D. A. N. L.

desvanecido como ligera niebla á la creciente luz de la Biología y de la Psicología, que han derribado de sus pedestales los ficticios entes de razón, sustituyéndolos con leyes fijas é inmutables; han puesto de relieve la relatividad del conocimiento, y han mostrado que la ciencia se construye con sólo dos elementos: el fenómeno, que da la realidad, y la idea, que crea el espíritu. Nuevas ciencias, la Biología, la Psicología, la Pedagogía, la Sociología han sido constituidas, dejando al siglo vigésimo la tarea de fundar la Filosofía, como la síntesis total del mundo, basada en las síntesis particulares de las diferentes ciencias. No menos que en intensidad ha ganado la cultura en extensión. En las postrimerías del siglo décimo-octavo, apenas se ocupaban los gobiernos en la pública instrucción; el número de escuelas era reducido; los métodos de enseñar, primitivos; saber leer y escribir se miraba como inútil lujo, y los pocos libros y periódicos que se publicaban eran patrimonio de unos cuantos. Hoy, los Estados han declarado la enseñanza obligatoria y fundado millares de escuelas, provistas de excelente material; la Pedagogía ha inducido, de las leyes que regulan el desarrollo del niño, de qué manera se le debe enseñar; saber leer y escribir se mira como un arte casi tan indispensable como el de saber hablar, y centenares de libros y de periódicos se publican á diario para la instrucción del pueblo, que tiene sus oradores, sus economistas, sus representantes en los parlamentos, sus sociedades cooperativas y de socorros mutuos, sus ateneos, sus escuelas y hasta sus bancos de crédito. Con el grado de cultura ha subido el de la pública moralidad. La disciplina social se ha fortalecido; los instintos han perdido su fuerza; las pasiones, su furor; á la intransigencia ha sucedido la tolerancia; al odio, el amor; las nociones de derecho y de justicia han penetrado en las almas, y se ha extendido por modo prodigioso el sentimiento de la simpatía humana. Ya no es el hombre *hominí lupus*, como decía Hobbes, es el amigo del hombre, su prójimo, su hermano.

Progresos tan inmensos en todos los órdenes de la vida no podían menos de causar una profunda transformación en la constitución de las sociedades. Esta transformación ha sido doble: ha consistido, primero, en pasar las naciones de la fase territorial ó geocrática, que representaban las monarquías absolutas, á la timocrática, que tiene por expresión el sistema representativo, con el sufragio limitado por el censo; segundo, en pasar de la fase timocrática á la democrática, mediante el sufragio universal. La primera de estas evoluciones se efectuó por el proceso revolucionario. La revolución inglesa de mil seiscientos ochenta y ocho la inicia; la gran revolución francesa de mil setecientos ochenta y nueve la continúa con mayor empuje y sentido filosófico, y le pone término el vasto movimiento revolucionario de mil ochocientos cuarenta y ocho.

La timocracia se nos presenta como un estado de transición de la monarquía absoluta á la democracia. Su duración es breve, de menos de un siglo, pudiendo datarse de mediados del décimo-noveno el comienzo de su decadencia en Europa; su inestabilidad,

extrema, no suspendiendo las naciones un instante su movimiento de avance. Hase debido esto al portentoso desenvolvimiento, superior á cuanto se había visto antes, de las energías intelectuales y de las fuerzas productoras. Del desarrollo de las primeras hemos hablado oportunamente; tócanos aquí decir algo de sus aplicaciones, especialmente las del vapor y de la electricidad, y exponer el extraordinario incremento de los recursos económicos.

Aplicada á la industria, la máquina de vapor ha concluido con el taller, creando la fábrica, que ha centuplicado la producción y abaratado el precio de las manufacturas, al extremo de permitir al pobre vestir telas reservadas antes al rico; aplicada á la navegación, ha matado el pequeño cabotaje con las líneas de vapores, que hacen de los mares anillos de unión entre penínsulas, islas y continentes; aplicada á la locomoción, ha sustituido al pequeño tráfico las vías férreas, que unen el litoral con el interior de los continentes, haciendo de las naciones á modo de provincias federadas y de las ciudades de cada nación como barrios de la capital. La electricidad ha dado el telégrafo, que transmite la palabra escrita; el teléfono, vehículo de la palabra hablada; el fonógrafo, que la fija, conserva y reproduce, y el alumbrado, de que se están proveyendo todas las ciudades. Nunca, desde el origen de los tiempos, ni Grecia en la época de Alejandro Magno, ni Roma cuando sus grandes conquistas, recibieron las sociedades empuje hacia adelante tan fuerte como el que ahora les imprimen estas aplicaciones. Las diversas fracciones del linaje humano entran en íntima comunicación, y se transmiten unas á otras sus hábitos, gustos y novedades. Las naciones adelantadas influyen en las rezagadas; las capitales de primer orden en las restantes, y éstas en las villas y aldeas, produciéndose una corriente niveladora que difunde del centro á la periferia ideas, sentimientos, aficiones, usos y modas. El vapor y la electricidad han sido los grandes agentes de la unificación moral y social de los pueblos. Lo han sido igualmente de la nivelación de los mercados. Avivado por la rapidez y seguridad de las comunicaciones, el comercio transporta en días y con gran baratura los productos á donde faltan ó escasean, igualando los precios y acabando con el azote del hambre, que antes dieztaba en los años malos á dilatadas comarcas. Hoy, los precios son casi los mismos en todas partes; poco distintas, las condiciones materiales de la vida. Esta extensión del mercado ha sido acicate poderoso para el aumento de la producción, así en la industria como en la agricultura. La primera se ha propagado á todos los países civilizados, al par que, merced á las aplicaciones de la ciencia, ha perfeccionado los procedimientos y multiplicado el número de sus ramas. La segunda ha roturado grandes extensiones de terrenos baldíos y mejorado prodigiosamente el cultivo, gracias también, en parte, al valioso auxilio que le han prestado la Química con sus abonos y la Mecánica con sus máquinas. Del conjunto de estos progresos ha resultado la abundancia de objetos de uso necesario, el aumento de la riqueza en suma, causa á su

vez del crecimiento de la población y de su mayor bienestar, reflejado este último así en el alimento, vestido y habitación de las familias, como en la policía é higiene de las ciudades.

Mas no en todas direcciones se ha caminado á la igualdad; en algunas se ha producido también diferenciación. Lo costoso de las fábricas, vapores, vías férreas, explotación de minas y otras empresas, ha traído como necesaria consecuencia la separación del capital y del trabajo, antes unidos, concentrándose el primero en manos de opulentos capitalistas ó compañías poderosas, y siendo ejecutado el segundo por ejércitos de obreros, que ya viven juntos alrededor de la fábrica ó de la mina, bien aislados por pequeños grupos en las estaciones ferro-viarias ó en los buques. En esta transformación, toda la ganancia ha sido para el empresario, sucesor del antiguo maestro, dueño del capital, que dicta la ley al mercado y con frecuencia se impone á los mismos gobiernos; toda la pérdida para el obrero, sucesor del antiguo oficial, encadenado á la fábrica, sujeto á una reglamentación casi militar y expuesto á las crisis económicas, que pueden en cualquier instante determinar la baja del salario ó el cierre de las fábricas.

Hecho económico de gran importancia también ha sido el aumento de numerario, desde el descubrimiento de las minas de oro de California, en mil ochocientos cuarenta y ocho, y de las de Australia y Nueva Zelandia, en mil ochocientos cincuenta y uno, que en los doce primeros años de laboreo han dado por valor de más de cuatro mil millones de pesetas. Al mismo tiempo, se ha activado la explotación de las minas de plata, cuyo producto anual ha subido en veinte años (mil ochocientos cincuenta á mil ochocientos setenta), de nuevecientos mil á dos millones de kilos, y á dos millones ochocientos mil en mil ochocientos ochenta y cuatro. Desde mil ochocientos cincuenta y uno, todas las minas de oro y plata conocidas vierten anualmente en la circulación mil millones de pesetas, y se estima en setenta mil millones la cantidad de numerario que circula hoy en el mundo civilizado, setenta veces mayor, próximamente, que la que conocieron los griegos, los romanos y los europeos hasta el siglo décimo-sexto.

Este aumento, con ser tan enorme, no ha bastado, sin embargo, á la actividad comercial, que en este mismo período se ha decuplicado, y á llenar este vacío ha venido el crédito, fundándose los Bancos, que emiten billetes del mismo valor que el oro; las sociedades de crédito, hipotecario ó mobiliario, que prestan sobre bienes inmuebles ó muebles; las sociedades anónimas, constituidas por acciones; los empréstitos, así los que levantan los Estados á cambio de títulos de renta, como los que contraen las ciudades emitiendo obligaciones; en fin, las sociedades de seguro sobre la vida, contra incendios ú otros peligros: todos los cuales valores, billetes, acciones, títulos de renta y obligaciones, ascienden á cerca de cien mil millones, casi una tercera parte más que el numerario. Es de notar también lo que se han facilitado las transacciones con los cheques y trasposos de cuenta,

mediante los cuales comerciantes que tienen cuenta abierta en un mismo Banco, efectúan pagos entre sí por miles de millones sin mover una sola peseta. Fundados sobre el crédito, todos estos valores están sujetos á continuas variaciones, en razón de la paz y prosperidad de los Estados ó de los beneficios de las empresas, y para cotizarlo se reúnen diariamente los agentes en la Bolsa, verdadero barómetro del crédito público.

Este rápido crecimiento de la industria, del comercio, del numerario y del crédito ha sido la causa inmediata de la facilidad y prontitud con que las naciones han efectuado su evolución de la monarquía absoluta á la constitución timocrática. Al paso que estas formas de riqueza han ido creciendo, han aumentado el poder y consideración social de sus poseedores, industriales, comerciantes, rentistas, capitalistas y banqueros, hasta llegar á igualarse con los propietarios territoriales y, al cabo, sobreponérseles. Por su gran movilidad, su virtud productora y su dependencia de la voluntad humana, tiene la riqueza mueble ventajas de importancia sobre la territorial. En cualquier instante, acumúlase aquella en cantidad suficiente para un fin determinado, lo que no puede hacer la segunda, de circulación siempre perezosa; en las cosechas, es la Providencia factor importantísimo, al paso que el éxito de las operaciones mercantiles y fiduciarias se debe principalmente á la previsión humana; el clima y la calidad del terreno fijan límites infranqueables á la productividad agrícola, en tanto que la del capital mueble aumenta indefinidamente con la actividad del hombre; por último, mientras el agricultor vive sujeto al capital que posee—el importe de sus tierras y la suma necesaria para explotarlas,— el industrial y el comerciante cuentan con el crédito, que puede equivaler á otro tanto y aún más que su efectivo. Por estas ventajas, la riqueza y el bienestar moran en los centros fabriles y mercantiles. El obrero gana más jornal que el bracero; en igualdad de fortuna, el industrial y el comerciante viven con más regalo que el labrador, y los grandes rentistas y banqueros son opulentos magnates, que con frecuencia tienen en sus manos los destinos de los pueblos. A este predominio económico no podía menos de acompañar el social, que á su vez había de traer el político.

Mas obsérvese que los creadores de esta riqueza no han sido los que la poseen, el fabricante, el rentista ó el banquero; ha sido el científico. Aplicaciones de la Física son el vapor y la electricidad; aplicaciones de la Física, Química y Mecánica, la invención de tantas industrias nuevas y el sucesivo perfeccionamiento de las antiguas; aplicaciones de la Química, Mecánica é Historia Natural, los grandes progresos de la agricultura. No solamente ha sido la ciencia la creadora de esta riqueza, es también la que la conserva y multiplica. A ingenieros están confiadas las explotaciones mineras y la conservación de las vías-férreas; á mecánicos, la dirección de las fábricas y la construcción de buques; á arquitectos, las edificaciones; á capataces, las explotaciones agrícolas; á economistas ó hacendistas, los negocios de las sociedades. Por pequeña que sea una empresa, tiene su